

SOBRE DOS INSTRUMENTOS ENMANGADOS DE CHOS - MALAL

por JUAN IGNACIO BENITO

1. — En un trabajo anterior (1957) nos referimos brevemente a estos dos instrumentos, que son parte integrante de un lote arqueológico vendido al Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires por el ingeniero don Ernesto Gessler, quien lo extrajera de una de las minas de sal gema que existen en los alrededores de Chos-Malal, antigua capital de la provincia de Neuquén, situada a 68 leguas al Noroeste de la actual. Estas minas contienen una sal que todavía es muy solicitada por los ganaderos de la zona, y ya han sido mencionadas por Luis de la Cruz (1836), Musters (1871), Moreno (1898) y Carbajal (1906). Más recientemente a ellas se han referido Salas (1942) y Vignati (1953), pero no ya como peculiar alusión en un itinerario viajero, sino como yacimientos de los cuales se obtenían piezas arqueológicas para estudio. En efecto, Aparicio (1935) expresó que hallazgos de tal índole eran muy comunes en estas minas y los hechos posteriores demostraron cuán certeras eran sus afirmaciones. Schobinger* obtuvo interesantes detalles verbales del señor Julio Della Chá, de Cancha Huinganco (Tricao Malal), acerca de cómo se localizaron una serie de hachas pulimentadas provistas, en algunos casos, de sus correspondientes enmangaduras. Estos hallazgos se remontan a unos cuarenta años atrás, cuando el padre de dicho señor comenzó la explotación industrial de una salina. Al ser removido el terreno del que se extraía la materia prima por medio de explosiones, quedaron al descubierto unas grietas en las que estaban colocadas las hachas, dando la impresión de que hubieran sido escondidas adrede. No todas estaban completas, pues también había mangos y hojas sueltos. El autor nos describe tres ejemplares que tienen especial valor por cuanto en las citadas por Aparicio (1935), Salas (1942) y Vignati (1953) no es segura la unidad instrumental. Las que ahora presentamos también son piezas completas; su simple observación y la fuerte adherencia de una con la otra parte, que se complementan perfecta-

* Arqueología del Territorio del Neuquén. Buenos Aires, 1954. (Manuscrito).

mente, no induce a duda alguna sobre ello. Debemos aclarar que aunque no las consideramos precisamente "hachas", creemos que tanto por su semejanza como por su idéntica técnica general de fabricación nos permite tomarlas como una unidad industrial con ellas y, en consecuencia, plantearnos los mismos interrogantes y arribar a iguales conclusiones.

2. — Las piezas han ingresado al Museo Etnográfico bajo los números 54/61 y 54/62 de inventario. Pasamos ahora a detallar sus medidas y proceder a su descripción. Con respecto a lo último y en relación a su parte lítica, utilizaremos la terminología que Salas (1940) creara para el estudio de las hachas de piedra con cuello, por cuanto consideramos que es la más adecuada y de fácil comprensión. Esta terminología determina una serie de normas, posiciones y secciones, pero para nuestro trabajo sólo interesan las primeras. Salas entiende por normas frontales los lados de la pieza lítica que quedan paralelos al observador cuando su filo es perpendicular al mismo, colocando ésta verticalmente sobre un plano con la arista cortante sobre él. Las normas laterales son las caras opuestas que forman ángulo con las frontales.

PIEZA N^o 54/61:

Hoja:	
Ancho máximo normas frontales	23 mm
Ancho mínimo normas frontales	15 mm
Ancho máximo normas laterales	46 mm
Ancho mínimo normas laterales	32 mm
Largo visible	57 mm
Sección elíptica alargada	
Mango:	
Altura de la cabeza	160 mm
Ancho máximo de la cabeza	90 mm
Largo del mango	400 mm
Largo total de la pieza	560 mm

La piedra es de roca basáltica gris sin fenocristales, algo porosa, y ha sido trabajada a la "martellina"; carece de pulido posterior, por cuyo motivo sus superficies se presentan toscas y ásperas al tacto. Encaja perfectamente en el alvéolo, de forma elíptica alargada en su sección de mayores dimensiones. Desde esta sección se afina hasta terminar en una punta embotada que se halla más alisada, probablemente por el uso. Adolece de filo en todos sus bordes, que son totalmente romos.

El mango tiene la forma que es común en las hachas ya descritas por los autores antes citados. La cabeza, que es abultada pero achatada lateralmente, continúa en un mango que reduce paulatinamente su grosor hasta el extremo proximal; éste posee un botón terminal, cuyo fin es presumiblemente el de evitar el desplazamiento del instrumento desde la mano y obtener así una mayor seguridad en su uso. La madera es también la que comúnmente se ha utilizado para la fabricación de los mangos de las hachas ya conocidas. Según Vignati (1953), es *Myrtus luma* Barn, pequeño arbolillo perteneciente a la familia de las Mirtáceas, que habita en los bosques del Norte de Patagonia, y con el cual todavía se fabrican en la región los cabos de las herramientas caseras. Estos árboles son en Chile de mayor tamaño que aquende la Cordillera, y tanto éstos como otras especies han sido utilizados allí con idénticos fines, como se deduce de la descripción que nos dejara el historiador Rosales (1877-1878). Cox (1863), al describir a los Penquenes, expresa que poseen “una hacha y su mango, hechos de palo de avellano...”. Schobinger, en cambio, en su trabajo ya citado dice que en la región de Chos-Malal se fabricaban con la rama de algún árbol de sauce joven. La observación microscópica de los presentes mangos y de su comparación con otros provenientes de la misma zona demuestran que son de la calidad de madera que menciona Vignati.

La textura de la cabeza es tosca al tacto, sin alisamiento alguno; el mango presenta en toda su extensión una serie de hendiduras paralelas y sucesivas producidas por el trabajo llevado a cabo a fin de darle la forma y el grosor deseados. La irregularidad de estas hendiduras y cierta desprolijidad que se advierte en la fabricación del mango permiten suponer que ellas se efectuaron con un instrumento cortante de poco más o menos un centímetro de ancho y posiblemente lítico. El alisamiento existente en su empuñadura cerca del botón terminal es sin duda alguna producido por el intenso roce con la palma de la mano. La hoja está tan fuertemente encastrada en la cabeza que es totalmente imposible moverla. En todo el rededor de ella, en su punto de engarce en el alvéolo, no se observa uso de mástico para afianzar su adherencia. Como detalle es interesante anotar que por su larga permanencia en un medio salino, la madera acusa un alto porcentaje de salinidad cuyos cristales, en parte, ya han aflorado a la superficie, especialmente en los lugares más porosos.

PIEZA Nº 54/62:

Hoja:	
Ancho máximo normas frontales	25 mm
Ancho mínimo normas frontales	4 mm
Ancho máximo normas laterales	45 mm
Ancho mínimo normas laterales	30 mm
Largo visible	32 mm
Sección elíptica	
Mango:	
Altura de la cabeza	125 mm
Ancho máximo de la cabeza	87 mm
Largo del mango	380 mm
Largo total de la pieza	505 mm

La hoja es de roca basáltica negra muy compacta con pequeñas mandhillas gris verdosas y ha sido pulimentada en toda su superficie; por su reducido tamaño es evidente que fué reacondicionada en varias oportunidades, cada vez que por el uso su filo ya se hallaba romo e inútil para su utilización. Actualmente no carece de él, aunque se observan pequeños desportillamientos. En su sección de mayores dimensiones está empotrada en el alvéolo, que es de forma elíptica. Desde este plano reduce su grosor tanto en sus normas laterales como en las frontales, hasta terminar en un canto filoso y convexo.

El mango no difiere morfológicamente del anterior, aunque su aspecto general es más tosco como consecuencia de un trabajo menos prolijo. La cabeza ofrece un mayor abultamiento observada desde su cara frontal. La madera es de la misma calidad, aunque su superficie posee más rugosidades; las hendiduras son más irregulares, lo que demuestra el menor esmero que se ha tenido para darle la forma deseada; en su extremo se observa la presencia del mismo botón terminal. En la empuñadura las rugosidades y hendiduras han casi desaparecido, posiblemente, como en el caso anterior, por el roce con la mano, pero no se observa el brillo existente en el primer ejemplar descrito. También acusa un alto porcentaje de salinidad, cuyos cristales afloran en toda la superficie. Hacemos notar que la quebradura que se observa en el mango fué atada por su descubridor como medida precautoria a fin de evitar una total rotura del mismo. Esta atadura es la que ha dejado como rastro los pequeños surcos paralelos que lo circundan y en cuyo interior pueden verse residuos de cloruro de cobre, posiblemente por haberse efectuado con alambre de cobre.

3. — Aunque los ya citados trabajos de Vignati y Schobinger son muy completos al respecto, no podemos prescindir en éste de refe-

rirmos a la técnica del enmangado, que es la misma que fuera utilizada para la fabricación de las hachas provenientes de la región. Esta técnica no es una exclusividad zonal y ni siquiera americana, pues con ella conocemos muy bien los numerosos ejemplares de hachas que salieron a la luz en las investigaciones llevadas a cabo en las aldeas palafíticas del Neolítico europeo. No obstante debemos considerar que el tipo de enmangamiento de Chos-Malal tiene algunas variantes en relación a los que nos presentan Müller (1912) en su pequeño pero interesante trabajo, y Goury (1952) en la descripción de la industria lítica de las célebres ciudades lacustres. En su opúsculo, el primero de los nombrados define genéricamente a estas hachas neolíticas expresando que son “una piedra con filo tallado o pulido, fijada transversalmente entre 45 y 90 grados en relación a un mango, cuyo filo está colocado en el eje”. Lo más interesante es que acompaña unas figuras que, comparadas con nuestros instrumentos, demuestran la extraordinaria semejanza que existe en cuanto a enmangado se refiere, entre unas y otros. Claro está que el autor nada nos cita sobre procedencia, por cuanto su finalidad es la de presentar el proceso industrial de artefactos tan comunes e importantes como fueron las hachas. En cambio, Goury se refiere a las procedencias y a la técnica. Con respecto a lo primero, no nos interesa más que en relación a la amplia difusión que tuvieron; en cuanto a lo segundo, que es por ahora lo que nos importa, permite ratificar que tal técnica no es originaria de este continente, sino que ha sido uno de los tantos bienes culturales portados por las oleadas neolíticas que irrumpieron en el Nuevo Mundo (Menghin, 1957, página 188). Según Goury, las hachas pulidas y enmangadas aparecen hasta fines del Neolítico y su técnica varió de acuerdo a las necesidades. La más primitiva era simple: la hoja se insertaba en un hueco preparado adrede en el mango; pero como a cada golpe ella penetraba más, se optó por perfeccionarlo empotrando las hojas en una vaina de cuerno de cérvido, y ésta era la que se introducía en el mango. Es lo que podríamos llamar un enmangamiento secundario o intermediario, en oposición al primario o más simple. En el caso de nuestros instrumentos la técnica usada es esta última, que hasta ahora parece ser, por otra parte, la única que se utilizó en América. Es interesante también hacer notar que ambos autores —Müller y Goury— mencionan el uso de másticos para obtener una mejor adherencia de los dos componentes, es decir, que podemos citar paralelos morfológicos pero no industriales. Dos métodos existen para el procedimiento más simple: 1) sobre un

mango previamente preparado se perfora un hueco del tamaño y forma adecuados, que recibe en su interior la parte de la hoja trabajada a la "martellina" y que, con ayuda de algún adhesivo, se obtiene una mayor firmeza de unión; este es el método de los Corcaro, los Apiaka, los Arara, etc.; 2) los Guaraní, los Asuriní y los Guayakí, entre otros, seguían un procedimiento distinto, pero con el cual obtenían semejantes resultados: sobre una rama de algún árbol se efectuaba un hoyuelo, en el cual se engarzaba la piedra; transcurrido el tiempo necesario, el crecimiento de la rama producía un ensanchamiento noduloso a su alrededor sujetándola fuertemente y, una vez cortada, se la trabajaba hasta darle la forma y alisamiento necesarios, quedando el mango en perfectas condiciones para el trabajo. Pocas dudas caben al respecto que el método seguido para nuestros instrumentos ha sido éste, pues de la simple observación con la ayuda de una lupa se puede concluir fácilmente que el crecimiento celular se efectuó, aun en vida, alrededor del instrumento intruso. Además, como dejáramos expresado, en ninguno de ambos ejemplares hay resto alguno de mástico que demuestre su utilización y, por otra parte, esta técnica le fué referida al doctor Schobinger como tradición indígena. Por todo ello diferimos sustancialmente con la opinión de Salas (1944), en cuyo trabajo —si bien no se refiere expresamente a ello— da a entender que la técnica de Chos-Malal es la inserción de la piedra en un mango preparado a tal efecto.

4. — Dijimos al principio que, no obstante la similitud morfológica que existía entre estos instrumentos y las hachas ya estudiadas por otros autores, en nuestra opinión habían tenido una utilidad distinta. Hay que aclarar que en uno de los casos, la número 54/61, esta diferencia es bien clara por cuanto la piedra carece totalmente de aristas filosas, elemento necesario y adecuado para un uso lógico como hacha, pues si la falta de filo fuera la consecuencia de una intensiva utilización, nada obstaba para que la piedra hubiera sido reacondicionada nuevamente, ya que su actual tamaño no lo impedía. Por otra parte, los cantos son totalmente romos en toda su periferia, y si este elemento cultural hubiera servido como hacha su filo no estaría gastado en forma tan pareja. En el otro ejemplar no debe descartarse la posibilidad de que en un principio haya sido una verdadera hacha y que consecuentes desgastes y sucesivos reacondicionamientos hayan reducido su tamaño hasta tornarla inoperante para tal fin. Abonaría esta opinión la circunstancia de que, no obstante su pequeñez, la piedra aún se pre-



Lám. 1 Pieza 54/61, Museo Etnográfico de Buenos Aires

senta perfectamente filosa, salvo los desportillamientos ya citados. No se puede pensar que el industrial la fabricara en un tamaño inadecuado para el uso a que se la destinaba, pero sí se puede creer que era más sencillo afilar nuevamente una arista roma para utilizar el instrumento con otros fines para los cuales ese tamaño carecía de importancia. Tras estas breves disquisiciones queremos dejar bien sentado que en la actualidad ninguno de ambos instrumentos son hachas a pesar de las analogías que presentan con éstas en cuanto a enmangamiento se refiere. En nuestra opinión creemos que sirvieron a sus poseedores como armas, es decir, como rompecabezas, opinión que no carece de fundamento pues sabemos que los Araucanos, a quienes pertenecen sin duda alguna, no carecían de este bien cultural. Si la zona fué el habitat por ellos adquirido, es bien cierto que este territorio se obtuvo tras sucesivas invasiones que desplazaban a los indígenas autóctonos —probablemente los Pehuenches—, obligándoles a portar sus armas guerreras. Tampoco podemos descartar del todo la suposición de que eventualmente hayan servido como martillos para desgranar la sal, o bien para la construcción de rudimentarias galerías mineras. El arte de la minería es probablemente un producto araucano, inexistente, según parece, entre las tribus más antiguas de la región, quienes obtenían la sal mediante la simple recolección superficial o excavación de muy primitivos pozos. Es evidente, pues, que para la construcción de galerías el hombre necesitó de instrumentos especiales que le ayudasen a realizar ese trabajo más complejo. No olvidemos que según De la Cruz (1836), algunas de las minas parecen haber tenido, como la Yuquiscó, más de una legua de extensión. Recapitulando, y en atención a todo lo expuesto, creemos que estos instrumentos son armas de guerra, aunque también pensamos, ya que nada se opone a ello, que de manera subsidiaria hayan podido servir como herramientas mineras.

5. — No corresponde mencionar en este trabajo la amplia difusión mundial que tuvieron las hachas pulidas. A América llegan con la tercera corriente de población de Canals Frau (1950), que es de netas manifestaciones neolíticas. Los elementos que arriban con esta oleada, procedente de Indonesia por vía marítima del Pacífico, son de culturas medias, portadores del cultivo del suelo, la domesticación de los animales, el arte cerámico y cierta influencia femenina en lo social y lo espiritual; paulatinamente desplazan o se superponen a las poblaciones inferiores, cuya economía se basaba en la simple recolección.

Un problema importante que ha hecho correr bastante tinta es la de su afincamiento en las regiones donde se hallan las minas de Chos-Malal y el itinerario que siguió ese tipo de hachas. Esta zona es, de acuerdo con los hallazgos bastante numerosos efectuados hasta ahora, un gran área Suroriental de la pertinente industria. Existe otra que es la Brasiliense, que más o menos hacia el año 1000 a.C. (o más tarde) se superpuso al Altoparanaense de Menghin (1956), representado por el hacha de mano toscamente tallada; los hallazgos relativos a ese Neolítico antiguo o Eldoradense de Menghin son las hachas alisadas, no pulimentadas, encontradas en la colonia Eldorado y otros lugares de Misiones. No sería difícil que fuera, o más bien representara, un elemento del acervo cultural de tribus preguaraníes. Desde el área Brasiliense el hacha cilíndrica se polarizó penetrando en territorio misionero, pero no hay indicios que desde allí haya llegado a las apartadas regiones de Chos-Malal. Vignati (1944) busca el origen de las hachas pulidas en el Noroeste, mientras que Escalada (1953) admite dos corrientes neolitizadoras hacia la Araucanía argentina: una desde el Norte al Sur y otra de Este a Oeste. Como muy bien lo acota Schobinger en su trabajo ya citado, siguiendo este último camino habrían llegado antes a Neuquén que a Chile, pero la realidad arqueológica nos demuestra que ello no es posible. Varios fenómenos corroboran esta afirmación, pues creemos que la falta de hallazgos en el hiato pampeano deja un sorprendente claro en su posible itinerario. Si bien no se debe descontar nunca la posibilidad de alguna sorpresa, a la luz del estado actual de la investigación pampásica y el hecho de carecer en su mayor parte esa región de la materia prima necesaria, podemos casi afirmar que esa laguna imposibilita tener en cuenta ese camino. Por lo tanto, es más exacto creer que de Chile pasaron a nuestro territorio conjuntamente con otros bienes neolíticos de los que eran poseedores los hombres de allende la Cordillera. Cabe agregar que estamos en absoluto desacuerdo con las ideas de ciertos autores, por otra parte indemostrables, que hacen aparecer la araucanización desde Argentina. Esa corriente neolítica habría introducido con ella el arte de la minería más adelantada, hasta entonces desconocida por los autóctonos. El hecho de haberse encontrado estas armas en el interior de una mina de sal habla bien claro del conocimiento desarrollado que de tal arte tenían sus portadores. Las grandes invasiones araucanas se registran con mayor intensidad durante los siglos XVIII y XIX, pero, como opina Menghin, la araucanización tendría raíces más profundas con el Neuquenense, al cual aludo en mi

trabajo ya citado, que se remonta al año 1500 de nuestra Era, dividido en Barilochense (que es más primitivo y de características cazadoras) y el Aluminense (representado especialmente por tumbas). Ambas facies tienen su origen en el Paleoaraucanense chileno, que tipifica el acervo arqueológico más primitivo de los Araucanos de ese país. Por su relativa antigüedad en el mismo, podemos deducir entonces que desde él se dividió, penetrando esta modalidad industrial en el nuestro, llevado por sus propios fabricantes.

Demostrado su origen, restaría inferir algo sobre la probable antigüedad de nuestros instrumentos. Al respecto sólo podemos formular hipótesis, pues desconociéndose los detalles esenciales de sus condiciones de hallazgo, además de carecerse en este caso de toda estratigrafía, nada seguro se puede afirmar. Sabemos bien que durante el transcurso del pasado siglo ya no se fabricaban más, por lo menos en su segunda mitad, pues los detalles que poseemos sobre la técnica de enmangamiento, además de los deducidos científicamente por su observación directa, están basados en las tradiciones orales que los actuales indígenas poseen de sus antepasados. También la gran cantidad de sal adquirida, cuyo porcentaje es muy elevado, es un índice casi seguro de que permanecieron muchos años en el medio de donde fueron extraídos. Si las tales armas se recuperaron conjuntamente con una cuchara de madera sobre la cual nos explayáramos en otra ocasión (1957), poseeríamos otro dato más sobre una probable y relativa antigüedad, ya que si bien ésta es post hispánica, las influencias europeas que ella acusa eran de reciente data según nuestras hipótesis de entonces. Merece destacarse, además, que la falta de citas sobre instrumentos de esta especie entre las crónicas de los viajeros de las primeras épocas obligaría a admitir que su uso había desaparecido ya en ese tiempo.

Creemos, pues, en conclusión, que no son meros instrumentos etnográficos, pero careciendo de detalles esenciales que atestigüen su antigüedad, nos reservamos las opiniones definitivas hasta tanto el curso de nuevas investigaciones sistemáticas y con criterio más científico que las realizadas hasta ahora en el país permitan deducciones ciertas sobre el tema.

APARICIO, F. DE (1935). *Viaje preliminar de exploración en el Territorio del Neuquén*. Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras. Serie A, III, págs. 37-58. Buenos Aires.

BENITO, JUAN I. (1957). *Acerca de una cuchara procedente de Chor*

- Malal, Neuquén* (R. A.). *Acta Prehistórica* I, págs. 136-139. Buenos Aires.
- CANALS FRAU, S. (1950). *Prehistoria de América*. Buenos Aires.
- CARBAJAL, L. D. (1906). *Por el Alto Neuquén. Ascensión al Pico Domuyo*. Buenos Aires.
- COX, G. E. (1863). *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia* (1862-1863), pág. 57. Santiago de Chile.
- DE LA CRUZ, L. (1836). *Viaje a su costa del Alcalde provincial del Muy Ilustre Cabildo de la Concepción de Chile*. Colección Pedro de Angelis, I. Buenos Aires.
- ESCALADA, F. (1953). *Algunos problemas relativos al límite Norte del complejo Tehuelche*. Instituto Superior de Estudios Patagónicos. Serie A. Publicaciones de la Com. de Humanidades I. Comodoro Rivadavia.
- GOURY, G. (1932). *L'Homme des Cités Lacustres*. París.
- MANGHIN, O. (1952). *Fundamentos cronológicos de la Prehistoria de Patagonia*. Runa V. Buenos Aires.
- (1956). *Prehistoria de Misiones*. Edición extra del diario Alto Paraná, año XIV, Nº 500. Eldorado, Misiones.
- (1957). *Vorgeschichte Amerikas*. München.
- MORENO, F. P. (1898). *Apuntes preliminares sobre una excursión a los Territorios de Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz*. Revista del Museo de La Plata, VIII, págs. 199-372. La Plata.
- MÜLLER, H. (1912). *La hache aux temps préhistoriques, ses origines, son évolution, sa technique, son rôle dans la civilisation*. Pág. 5, figs. 6, 27, 33 y 34. Grenoble.
- MUSTERS, G. CH. (1871). *Vida entre los Patagones*. Universidad Nacional de La Plata, I. La Plata. (Traducción española, 1911).
- ROSALES, D. DE. (1877/78). *Historia general del reyno de Chile, 1674*. T. I, pág. 174. Valparaíso.
- SALAS, A. M. (1940). *Nomenclatura del hacha de piedra con cuello*. Anales del Inst. de Etnografía Americana, I, pág. 191 y sig. Mendoza.
- (1942). *Hachas de piedra pulida y enmangadas del Territorio del Neuquén*. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, III, págs. 67-72. Buenos Aires.
- VIGNATI, M. A. (1944). *Antigüedades en la región de los lagos Nahuel Huapí y Traful*. Notas del Museo de La Plata, IX, Antropología Nº 23-29. La Plata.
- (1953). *Materiales para la arqueología de Patagonia*. Anales del Museo de La Plata (ex Eva Perón). Aporte I, Antropología Nº 3. Eva Perón. (Hoy La Plata).